



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# «Al-Muqtabis» de Ibn Hayyan

Autor:

Guráieb, José E.

Revista:

Cuadernos de Historia de España

1951, XV, 157-169



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## TRADUCCIONES

### AL-MUQTABIS DE IBN HAYYĀN

El Emir °Abd Allāh en persona encabezó un ataque [contra Ibn Mastana] con todo el poderío de su ejército, pero no obtuvo éxito. Esa batalla fué llamada la de Kar-Kabuliah, nombre de uno de los fuertes del insurrecto. Volvieron los generales al ataque con la caballería, pero sin conmover la posición de Sa'īd. Por causa suya se produjo el condenable acto en el qaid Ibrāhīm b. Jamīar. Continuó Ibn Mastana persiguiendo a los árabes, matando a unos, saqueando a otros y quitando a los demás todo medio de defensa y de transporte, fortaleciendo así a los muladíes y dándoles alas para acometer a los árabes. Mas, no obstante sus iniquidades y fechorías, entraba algunas veces en la obediencia, para luego aliarse nuevamente con Ben Hafṣūn, a quien llegado el momento traicionaba como antes había traicionado al poder central, y luchaba con él en batallas encarnizadas o lo retaba a combate singular. La vida alargó los años de Ibn Mastana hasta ver morir al Emir °Abd Allāh.

#### *Los cuatro Banū Hābil*

El mayor de ellos era Mundir b. Huraiz b. Hābil. Tenía en su poder unos castillos de Jaén cuando se sublevó, en época del Emir °Abd Allāh, de quien era cliente. Construyó para sí la fortaleza de Bajtubrah y las de Marguitah (Margarita) y de San Esteban. Se rodeó de gente indeseable que le secundaba en sus correrías y desmanes. Fué combatido por aceifas y los ejércitos regulares del gobierno, al mando de sus qaidés. Tiempo después entró en la obediencia y pagó tributos. Permaneció al servicio del Emir °Abd Allāh, que se valió de sus servicios hasta su muerte; después volvió a sus viejas andanzas. La mano fuerte del califa °Abd Al-Rahmān dobló la cerviz de este rebelde, como la de los bellacos y pícaros de su calaña. Entró en la obediencia y fué a vivir a la capital.

*Abū Karāma Hābil ben Huraiz ben Hābil*

Al estallar la rebelión provocada por su hermano *Mundir*, en los tiempos de °Abd Allāh, siguió su ejemplo, y empezó a actuar en contra del gobierno. Su alzamiento tuvo alternativas, pues ora volvía a la obediencia, ora se rebelaba. Hasta que se presentó en el escenario de Al-Ándalus, °Abd Al-Rahmān, el califa, nieto del Emir °Abd Allāh, y le salió al paso, como a los otros rebeldes.

Le dominó y doblegó su altanería, haciéndole bajar con su hermano *Mundir* a Córdoba, en donde le fijó residencia. No pudiendo acostumbrarse a la vida muelle y sedentaria de la capital, escapóse de ésta y se refugió en la fortaleza de Margarita, que pertenecía a su hermano. Desde allí escribió al califa, rogándole le perdonara y permitiera vivir su vida, ofreciéndole su obediencia a condición de confirmarle en su castillo. Le prometió servirle y ayudarle con su gente en las gazuas que el califa hiciera; lo que fué aceptado sin reservas por éste.

*°Āmir ben Huraiz ben Hābil*

Se rebeló en la fortaleza de San Esteban, que era una propiedad de su familia, acompañando a sus hermanos en sus escaramuzas en contra del Emir °Abd Allāh. Esto sucedió cuando la insurrección tomó un carácter casi general. Salía con sus hermanos en son de guerra y aceptaba la tregua o la paz cuando a ellos les placía, hasta que vino el califa °Abd Al-Rahmān, y llevóle en compañía de sus hermanos a Córdoba, donde logró en la milicia altos cargos. Salió un día con el califa al frente de un destacamento y en la batalla, funesta para el califa y los musulmanes, que se trabó en Simancas y fué bautizada con el nombre de Al-Jandaq (« la trinchera »), cayó mortalmente herido el valiente °Āmir. Sucedió esto el año 327 de la Hégira.

*°Umar ben Huraiz ben Hābil*

Era el cuarto de los hermanos ya mencionados. Les acompañó en su rebelión; asistió y participó en sus incursiones y escaramuzas. Fué a vivir con sus hermanos a Córdoba, donde el califa le colmó de honores. Siguió allí el ejemplo de sus hermanos y sirvió en el ejército califal, y cuando el califa °Abd Al-Rahmān atacó a Badajoz, en el año 317, °Umar murió de un flechazo en la batalla de Baġa-Beja.

*Ibn °Attāf Al-°Aqīli*

Su nombre completo era Ishāq b. Ibrāhīm b. Sajr b. °Attāf b. Al-Ḥaṣan b. Al-Duʿyn b. °Abd Allāh b. Muḥammad b. °Amrū b. Yahia b. °Āmir b. Malik b. Juailid b. Simān Al °Aqīli. En tiempos del Emir Muḥammad ocupaba el cargo de orador en las asambleas y arengaba a los soldados cuando el ejército salía para sofocar alguna de las rebeliones o en son de gázua. Ocupaba un puesto respetable en la corte; mas, cuando se produjo la gran revuelta y hubo divisiones entre unos y otros clientes, se posesionó del castillo de Montesa y se defendió de Ibn Ḥafṣūn y de los demás disidentes. Permaneció leal al gobierno, no obstante estar respaldado por una buena parte de los agricultores y los trabajadores. Le llevó el califa °Abd Al-Rahmān a Córdoba [313] en donde murió.

*Sa°id ben Sulaimān ben ʿYaudi*

Su familia pertenecía a los árabes de Granada, de la provincia de Elvira. A raíz de la muerte trágica de Sawwar, que fué su primer emir y que la distinguió de los muladíes en los tiempos del Emir °Abd Allah, los árabes granadinos solicitaron a éste les designara a Sa°id por jefe, a lo cual accedió, confiándole el cargo. Desde entonces lo reunió en un partido, organizando sus huestes y administrando sus asuntos. Combatió a sus enemigos y hostilizó a Ibn Ḥafṣūn, su jefe máximo, tratando de eclipsarlo.

Defendía a los árabes y les protegía con celo racial, actitud ésta que le valió la conquista de sus corazonas. De todas partes acudía a su comarca la gente adicta a su causa. Hasta los Banū Bakr, de Qal°at Rabah (Calatrava), le solicitaron protección; empero, donde logró más celebridad fué en sus guerras contra el más célebre Ibn Ḥafṣūn y contra sus secuaces; Sa°id atacaba en todas partes y sin tregua, venciendoles y poniéndoles en fuga. Ello determinó a Ibn Ḥafṣūn a temerlo y respetarlo, cosa rara en este gran caudillo, que no conocía el miedo y siempre vencía a sus adversarios, cuando no los aniquilaba. Retó Sa°id a Ibn Ḥafṣūn a duelo personal, más éste rehusó el combate y no se atrevió a responderle, hasta que un día se encontraron los dos caudillos en el campo del Yilad (lugar similar al estadio olímpico) donde se enfrentaban los contrincantes para medir sus fuerzas. Lanzóse Sa°id contra Ibn Ḥafṣūn, buscando como león su presa, lo tomó del cuello y le echó por tierra. Se le arrojó encima, y mientras le golpeaba, llegaron los clientes de Ibn Ḥafṣūn y se precipitaron sobre Sa°id, de cuyas manos lograron zafar a su jefe, salvándole.

Era Sa'íd un guerrero valiente y un poeta culto, cualidades que no le impidieron abusar de sus correligionarios y hasta volverles las espaldas con manifiesto desprecio. Esta actitud suya impulsó a dos figuras notables de entre ellos : Muḥammad b. °Uṭmān b. Sayyid Abī y a Iazid b. °Abd Al-Salam a tramar un ardid para matarle. Sucedió esto el año 284 de la Hégira, en el reinado del Emir °Abd Allāh.

Después de su muerte los árabes no tuvieron sosiego ni vida disciplinada. Se le atribuyó la intención de abandonar la obediencia y levantar la bandera de la rebelión ; también se daba por suyo un poema en donde se manifiesta esa intención ; ese poema fué la causa de su perdición :

Díle a °Abd Allāh que huya,  
Ya apareció el rebelde en el valle de los cañaverales.  
Dejad nuestro reino, oh hijos de Marwān,  
Porque el reino es de los hijos de los árabes.  
Acercad mi corcel enjaezado de oro y ensillado.  
Mi estrella ha triunfado.

Su lucha en defensa de la causa árabe duró siete años. Dícese que el motivo mayor del encono y descontento que movió a sus enemigos contra él fué el poco respeto que tenía a las mujeres, su sensualismo y los medios indecorosos de que se valía para conquistarlas. Por esta causa cobró mala reputación, y sus anécdotas sobre el particular son muy conocidas.

Dijo Abū Bakr °Ubāda, el poeta : « Es Sa'íd b. Sulaimān b. Yūdī de las tribus de Al-S'adi, de Hawasān Abu °Uṭmān. Conquistó la fortaleza de Granada en la provincia de Elvira, durante el gobierno del Emir °Abd Allāh. Proclamáronle su jefe los árabes en sus diferencias contra los muladíes, durante los días de la gran revuelta. Desde el comienzo de su gobierno entró en la obediencia y se mostró muy adicto a la causa del Emir °Abd Allāh y de sus clientes. Éste le confió la dirección del ejército damasquino. Era un guerrero valiente, sereno, y un poeta de gran vuelo, elocuente, gallardo y de gran prestancia. Distinguíase por diez bellas e incomparables cualidades, únicos valores humanos de su tiempo : era generoso, valiente, caballero, hermoso, poeta, orador, resistente en las hatallas, y diestro en el manejo de la lanza, la espada y el arco. De gran alcance en el lanzamiento del venablo o de la jabalina ; hasta tal punto, que tanto vertical cuanto horizontalmente nadie en su tiempo le pudo igualar su celebridad. Esto no es de extrañar, por cuanto a su abuelo, Ibn Asbat, jefe de la guardia del califa Al-Ḥakam b. Hišam, se le consideraba hombre fuerte y temible. Las anécdotas que hay sobre Sa'íd son abundantes y largas de narrar ».

*Ibn Adḥa Muḥammad ben Adḥa ben °Abd Al-latif al Hamadani*

Era uno de los árabes más acreditados de la provincia de Elvira. Entra él y Sa'id b. Yūdī, el emir de los árabes, que a la sazón se hallaban — por causa de los disturbios — en la fortaleza de Granada, había enemistad enconada; ella determinó a Ibn Adḥa a buscar otro refugio.

Mas Sa'id le perseguía por todas partes y aunque inútilmente puso alto precio a su cabeza. Libre de la persecución de su terrible enemigo, Muḥammad fué llamado por los pobladores de la fortaleza de Nawalis [Noalejo] para organizarlos y defenderlos. Aceptó la propuesta con el fin de solicitar seguidamente, no obstante su orgullo, entrar en la obediencia. Pidió al Emir °Abd Allāh le confirmara en su cargo a raíz de los choques que entre él y Hafṣun acontecieron, y durante los cuales demostró su lealtad y corrección en la dirección administrativa. El petitorio de Ibn Adḥa fué aceptado sin dilación por el gobierno central. Y así permaneció en su puesto hasta la muerte del Emir Abd °Allāh. Igual confianza mereció de parte del Emir Abd Al-Raḥmān, que le dió carta blanca, mas cuando cundió la revuelta entre los clientes lo destituyó de su cargo, haciéndole venir a Córdoba de su castillo, tal como hizo con los otros rebeldes. Aconteció esto el año 313. Era Ibn Adḥa un hombre muy culto e instruído, pese a sus condiciones de guerrero valiente. Se levantaba en las asambleas magnas de los califas, lo mismo que en ceremonias oficiales y lugares públicos, y hablaba con elocuencia, soltura y versación. Era diestro y elegante en sus elogios y en sus exposiciones. Sus actos y anécdotas son del dominio público y largos de contar.

*Los dos hijos de Muhallab*

Eran Jalil y Sa'id, y pertenecían a familias notables de bereberes de la provincia de Elvira. Se rebelaron, siguiendo el ejemplo de otros de su región, al estallar la gran revuelta. Adueñóse Jalil de la fortaleza de Qardira, mientras que la de Ašbargīra pasó a poder de Sa'id, ambas en tierras de Elvira. Mas, pese a su posición estratégica, no salieron de la obediencia, lo cual determinó al Emir °Abd Allāh a confirmarlos en sus cargos y asignarles los bienes que estaban en su poder y administración. Fueron enemigos de °Umar b. Hafṣūn, el mayor de los impostores, y de su émulo Sa'id b. Mastana, y los hostilizaron a menudo, hasta que falleció Jalil, uno de los dos hermanos, durante el reinado del Emir °Abd Allāh; Sa'id quedó a cargo de las dos fortalezas y murió poco después. Al asumir el califato °Abd Al-Raḥmān, llamó a los hijos de este último a Córdoba, tal como hizo con los demás rebeldes.

*Los hijos de ʿĪarʿy*

Era ʿAbd Al-Wahāb b. ʿĪarʿy, un manumiso de Abu ʿUṭmān ʿUbaid Allāh b. ʿUṭmān y su primo paterno Muḥammad b. ʿAbd Al-Raḥmān b. ʿĪarʿy, también liberto. Ambos vivían en Elvira. Cuando estalló la insurrección general en el reinado del Emir ʿAbd Allāh y cobró incremento, se separaron los pobladores de esa región y reunieronse algunos en la fortaleza de Bakur para defenderse de sus adversarios, y como necesitaban un adalid que los organizara y uniera sus filas, llamaron a ʿAbd Al-Wahāb y le nombraron su jefe. Tomó éste la dirección de su gente y empezó a fortificar el castillo y sus alrededores; defendióse de las incursiones de los descarriados y permaneció leal al emir de los fieles (ʿAbd Allād). Así las cosas, y cuando hubo transcurrido poco tiempo, comenzó el citado caudillo ʿAbd Al-Wahāb a seguir caminos torcidos; se volvió déspota e intolerable, motivo que movió al pueblo a destituirlo; murió a raíz de ello el año 303 de la Hégira. Seguidamente fué echado del fuerte su primo Muḥammad b. ʿAbd Al-Raḥmān b. ʿĪarʿy que era muy adicto y colaborador de ʿAbd Al-Wahāb. Fué a refugiarse en los dominios de ʿUbaid Allāh b. Umayya b. Al-Šalīah, quien le recibió, utilizó sus servicios y edificó para él la fortaleza Morena de la ciudad de Šūdar (Jódar) en la provincia de Jaén, donde se mostró revoltoso e inquieto. No duró en esta situación, porque fué traído a Córdoba por el califa ʿAbd Al-Raḥmān, en compañía de los otros insurrectos, a los que acostumbraba hacer venir a ella, y le incluyó entre los hombres de la Corte. Cuando salió el visir Aḥmad b. Ishāq el-Qurašī a invadir Todmir, se hizo acompañar de ben ʿĪarʿy. Actuó con él en el asedio de la fortaleza de Laqant, y en él murió alcanzado por un dardo de ballesta. En Córdoba hay todavía descendencia suya.

Estos fueron los más célebres de quienes en las regiones de Al-Ándalus, abandonaron las filas de los musulmanes leales, para encender el fuego de la rebelión, durante el reinado del Emir ʿAbd Allāh, cuando éste sucedió a su hermano Al-Mundir. Hemos omitido el nombre de algunos que siguieron camino análogo en la desobediencia, porque eran inferiores y de poca significación. Fueron tratados por el Emir ʿAbd Allāh en igual forma, ora con blandura, ora con dureza; todos ellos fueron causa de que el emir viviera el arma al brazo y apenado. Esta situación duró hasta su muerte. Su camino fué muy espinoso. Pero no tardó en brillar la aurora de la gloria y el día de la victoria para su nieto, a quien Alah había reservado el triunfo del Islam y le había hecho acompañar de la paloma de la buena suerte: su nieto, que doblegó la cerviz

de los revoltosos y liberó su camino de todas las dificultades. Hablaremos más adelante de la vida del Emir °Abd Allāh que fué tan perturbada por los disturbios y las rencillas internas ; de sus obras, sus cualidades, tratos y contiendas y de todo cuanto hemos sabido, no obstante su exigüidad. Mas son de Dios, alabado sea, el Poder y el Saber.

*De lo que se dijo en pro y en contra del Emir °Abd Allāh*

De los elogios y de los poemas que en su honor se recitaron ; sus bellas modalidades ; de lo que sus críticos y adversarios dijeron de sus defectos y errores. Lo que a este respecto refiérese.

Cuenta °Isā b. Aḥmad Al-Rāzī, que su padre Aḥmad b. Muḥammad dijo : El Emir °Abd Allāh era considerado como uno de los mejores califas de Banū Umayya en Al-Ándalus, el de conducta más perfecta y el más versado en materia religiosa.

Se levantaba de noche para hacer sus oraciones, y durante el mes de Ramadán tomaba parte en el oficio devocional, con los alfaquíes que tenían a su cargo la atención de la mezquita de Córdoba. Estas manifestaciones piadosas eran una mezcla de devoción y de trapacería, piedad y astucia ; pero era un hombre que quería el bien. Que Dios le tenga en su clemencia y dé esplendor a su rostro.

Contóme Muḥammad b. Hamid el educador, que era de los amigos de Bāqī b. Mujallid : Cuando citábamos a los hijos de los califas, el Šaij Bāqī recordaba al príncipe °Abd Allāh b. Muḥammad diciendo que estaba dotado de bellas cualidades y de opiniones religiosas sanas. Y al mencionar a algunos de los jóvenes de la corte, agregaba : era el Emir °Abd Allāh muy piadoso, lector asiduo del Corán, aplicado a su estudio ; empezaba el día con la lectura de un capítulo del mismo, y todo lo que leía lo retenía en su memoria. Apreciaba a las personas que estudiaban el Corán y los protegía, y miraba con desdén a quien había perdido el sagrado libro. Al hombre más encumbrado, por más bellas cualidades que le adornasen, no lo tenía en cuenta si no sabía por lo menos una parte del Corán. Tenía las manos generosas para la gente necesitada y pobre, a la cual daba provisiones o dinero de la Casa de los Tributos. Ordenaba sacar de ella víveres para distribuirlos entre los menesterosos y désvalidos que venían en demanda de socorro, y daba gracias a Dios por sus dones y por las bendiciones que otorgaba a su hacienda. No juzgaba acto alguno sin consultar primero a los faquíes o doctores de la Ley y a la gente de experiencia.

En sus referencias sobre el Emir °Abd Allāh, decía Abū Sāliḥ Ayūb b. Sulaimān que éste era versado en las letras y en otras artes; en la pureza de la lengua, en las tradiciones de los árabes, en sus costumbres, noticias, crónicas, y en lo exótico o moderno. Dominaba bien la filosofía y la métrica. Él mismo componía versos, correctos y elegantes. Su estilo era muy bueno, y tanto el fondo como la forma, hermosos y claros.

A su vez, Muḥammad b. Walid b. Gānim, decía: el Emir °Abd Allāh b. Muḥammad era uno de los más elocuentes y versados en el idioma. No se ha conocido un estilo tan bellamente conciso como el suyo. Cuando escribía no había quien lo igualase. Su redacción era elegante y reunía a la pureza y delicadeza de la forma, la certeza del fondo. Comprobé todo esto cuando consigné y cité sus anécdotas, al hablar de él y de sus primos, los nobles y generosos hijos del emir Muḥammad b. °Abd Al-Raḥmān, durante sus días, lo cual hace inútil su repetición.

Dijo Al-Rāzī: y él fué (el Emir °Abd Allāh) quien unió la bóveda conocida por el « Sabat », corredor abovedado de su palacio, con la mezquita. Venía al templo todos los viernes a la hora de la oración, pasando por el corredor subterráneo. Volvía por el mismo a su palacio. Subía habitualmente a la gran terraza, que confina con la puerta del Sur, y allí recibía tanto a sus deudos de Quraiš, a sus ministros, y a la gente de su comitiva, cuanto a los notables de entre sus clientes y a los fauques y adelantados del pueblo, que asistían y tomaban parte en los debates. Mas el viernes era un día dedicado exclusivamente al pueblo, y nunca dejaba de acudir a su audiencia. La celebraba en un lugar contiguo a la puerta que había abierto en los bajos del palacio, a la que llamó Puerta de la Justicia. Es una puerta que mira al mediodía, y que él destinó solamente para la entrada de los que venían en demanda de justicia, de los oprimidos y de los que traían quejas. En ese día el hagib no tenía autoridad para oponerse a la entrada del pueblo. En esa forma se facilitaban los trámites y se hacía justicia a la gente en el menor tiempo posible.

Las reuniones del Emir °Abd Allāh, antes y después de que llegara el Califato, eran las más frecuentadas y brillantes por la jerarquía de sus concurrentes. En ellas imperaban las virtudes y buenas costumbres; por ello nunca se vieron actos licenciosos o sentimientos incorrectos. En las reuniones del Emir encontraban su hogar todas las sutilezas o temas oscuros que estaban de moda y trataba la gente, se estudiaban sus más complicadas dificultades y el mismo Emir tomaba parte en las discusiones. Mūsā b. Muḥammad b. Yadir, conocido por « el asceta », frecuentaba sus reuniones y su presencia era muy grata a los ojos del Emir °Abd Allāh.

Se decía de él que era un narrador muy elocuente, de linda presencia, palabra flúida y convincente ; que mejor que nadie conocía las crónicas y las noticias del reinado de sus señores, los Banū Umayya. Dominaba las artes y las ciencias. Profundo buceador de la lengua, era un artífice de la palabra y maestro en el arte del bien decir. En ocasiones escribía en verso, y lo hacía con acierto. También improvisaba con espontaneidad admirable.

Asistió un día a una reunión del Emir °Abd Allāh, compuesta de personas eruditas, versadas y cultas. En el trancúrso de la conversación se abordaron diversos hechos, reseñas históricas y anecdóticas y se habló accidentalmente y en forma satírica de las canas ; mas como el Emir °Abd Allāh las odiaba, preguntó a sus contertulios, si tenían algo que decir en contra de ellas. Todo el mundo permaneció en silencio ; pues las musas de la poesía se hallaban ausentes en ese momento. Ante la impotencia de los demás, dijo Mūsā b. Muḥammad :

Mi endecha dije al huésped blanco  
cuando vino a morar en mi cabello :  
En suerte te tocó fruncido ceño  
y un despiadado repudio por afecto.  
De mí jamás serás ni por piedad  
bien recibido entre mis pelos  
ni acariciado por perfume alguno.

Oído lo cual, contentóse el Emir y dijo : escribelos y agrega algo a ellos, si tienes más que añadir. — No, por Alah, señor mío, contestó Mūsā, nada tengo que agregar. Mientras le traían el tintero y la pluma, Mūsā se hallaba ensimismado, mirando vagamente al suelo. De repente exclamó : Ya tengo, señor, lo que gracias a tu buen augurio me has inspirado. Y recitó los siguientes versos, completando los anteriores :

Oh, tú, el peor de los huéspedes !  
Cuya visita me anuncia la cercanía de la muerte,  
y que todo lo que hay de nuevo en mí  
camina hacia la ruina ;  
porque el atuendo juvenil  
es de botín prenda y despojo.  
No hay nada más cierto que en el hombre,  
la dulzura de la vida, es su juventud,  
que cuando desaparece  
no queda, de grato, nada.  
Huésped blanco,  
sólo cenizas te he de servir ;

no tendrás en mí otra suerte.  
 Mucho he de llorar sobre lo que de mi juventud  
 ya pasó.  
 Lágrimas de un amante  
 abandonado por su amor.  
 Pobre de mí ! Por siempre le he de llorar ;  
 amor que nunca volverá.

La improvisación de Mūsā llenó de gozo al Emir, que le felicitó por su fecunda memoria.

°Ubāda, el poeta, dijo : Era el Emir °Abd Allāh b. Muḥammad, cultor de las letras, muy profundo y versado. A su vez, Al-Rāzī dijo : Me contó el faquí Abū Ṣaliḥ, que el Emir °Abd Allāh dominaba todas las ramas de las artes, que era versado en los barbarismos del idioma, en las crónicas de los árabes y en la vida de los califas. Entré un día en su sala, y al verme se apartó conmigo a un lugar para conversar y hablar de las cosas que eran tan gratas a su espíritu. En ese coloquio no toqué un solo tema cultural ni noticia o anécdota sobre los árabes, que el Emir no me demostrase conocer ; y agregaba siempre algo nuevo sobre lo discurrido. Me leyó una vez una poesía suya de corte místico, de muy buen sentido y hermosas alegorías, que me gustó mucho. No creo haber conocido un califa igual a él.

°Aḥfir ben Mas°ud solía decir : Me interesé mucho por el verso de °Abbās b. Nāṣiḥ. Visité la península, su país, para ver a sus hijos. Cité sus poesías, pero con gran asombro me enteré de que yo no las sabía mejor que el Emir °Abd Allāh, quien las recitaba de memoria y las comentaba, tanto en sus aspectos literarios y artísticos, cuanto en sus partes obscuras y extrañas. Discriminaba, separando a las poesías que el autor escribió en Oriente de las que compuso en Al-Ándalus. Y refería anécdotas de °Abbās, que ni sus versos ni sus comentarios descubrían. Asimismo me dijo Al-Mawani : Acompañé al Emir °Abd Allāh y más de una vez le vi rodeado de su comitiva: Era un hombre de cara hermosa, gruesa, buen narrador, con un timbre de voz varonil, de noble porte, lleno de gracia y de esplendor.

Y Al-°Hasan b. Muḥammad b. Mufarriy refería : Me dijo Muḥammad ben Maddah que el Emir °Abd Allāh era un hombre piadoso, lleno de fe, ferviente, cultor de las disciplinas científicas, activo y celoso en el cumplimiento de sus deberes. Citaba a menudo a Ḥadites, y estaba al corriente de todas las opiniones. Era erudito en la literatura, el derecho canónico y en las tradiciones. Sabía de memoria el Corán, lo recitaba con arte ; cumplía y hacía cumplir sus preceptos ; observaba las reglas del

ayuno y de las oraciones; de la limosna y de la caridad, deberes de todos los buenos musulmanes. Cumplía las cinco oraciones en un oratorio particular, que mandó hacer en la Mezquita, unida a su palacio. De este modo le era fácil salir de su alcázar a la hora del muezinato, para asistir al oficio religioso. Entraba por la puerta del Oeste, la primera entre todas, conocida por «la puerta de los ministros». Al verlo, los fieles se ponían de pie hasta que entraba en su cámara particular, actitud que disgustaba a los devotos ortodoxos. Por entonces le escribió el faquí Sa'íd ben Jamir, diciéndole: «Os haga Dios un digno y piadoso fiel, Señor Imam. Los hombres deben ponerse de pie solamente ante Dios, el Creador del mundo; sin embargo, ante ti se levantan apenas te ven llegar. ¡Oh, no! Tú no deberás aceptar ni dar a tu pueblo más que la verdad; pues sólo la verdad te hará llegar a la presencia de Dios. El poder es patrimonio de Dios, que no tiene igual; y quien se humille a los designios de Dios, Dios lo elevará. La advertencia es útil a los fieles, y sólo la recuerda el que se arrepiente». Desde entonces ordenó el Emir a los fieles que acudían a la ceremonia religiosa, que no se levantaran cuando lo vieran llegar o irse, sino que permanecieran sentados en sus puestos. Mas la orden del Emir sólo fué aceptada por una minoría. Entonces mandó construir el corredor subterráneo, conocido por Al-Sabat, cuya bóveda se veía aflorar por la calle, entre el palacio del Emir y la Mezquita. Dicho corredor comunicaba el alcázar con su oratorio particular en la Gran Mezquita. Por el entraba y salía el Emir sin ser visto, cuando acudía a la oración en compañía de su comitiva, formada por los cortesanos, los eunucos y los criados. Allí, en el oratorio privado, después de cumplir con sus deberes piadosos, permanecía en tertulia, platicando con sus ilustres acompañantes. De este modo nadie le veía, ni a su ida ni a su retorno, evitaba que el público se pusiera de pie cuando se hacía presente, y evitaba también la permanente vigilancia de su persona durante el trayecto. Fué el primero de los califas Umayya que en Andalucía adoptó esta costumbre. Todos los que sucedieron imitaron su ejemplo.

Y dijo Ahmad b. Muḥammad Ibn 'Abd Rabbih: Era el Emir 'Abd Allāh b. Muḥammad uno de los mejores y más notables entre los califas Umayya en Andalucía. Edificó el Sabat, un camino abovedado, que iba desde el Alcázar hasta la Mezquita; por el cual acudía al templo para asistir con los fieles a la ceremonia de los viernes. Lo utilizó durante toda su vida, y de ese modo llegaba al oratorio particular que había mandado erigir al lado del púlpito. La clemencia y las bendiciones de Dios sobre él.

Dijo también Mu'āwīya b. Haṣam Al-Šabinsi: El primero que tomó

el camino de la humildad y de la modestia entre los califas Umayya en Al-Ándalus fué el Emir °Abd Allāh b. Muḥammad. Empezó por sus trajes, cuyo número redujo considerablemente. Prohibió el exceso de adorno en el vestir y en los jaeces de los caballos. Abrió para el público una puerta especial en las afueras de su palacio, cerca de la parte que habitaba, para poder oír sus quejas. La llamó Puerta de la Justicia. Hasta esta puerta llegaban los oprimidos y los perseguidos en demanda de justicia. Después de escucharles, ordenaba registrar sus nombres y dictaba sus sentencias en el acto. Jamás desoyó o dejó de atender a nadie. Continuó hasta nuestros días (los del autor de esta crónica) haciendo justicia a los que sufren agravios, persecución o daños personales. Esta puerta fué muy útil y dignificó al pueblo, al que trajo la tranquilidad y el sosiego. Fué el primero que abrió una puerta en su palacio para comunicar con la Mezquita, desde la muralla al Sur, contigua al templo, uniendo a ambos — alcázar y mezquita — con su Sabat; esto es, un corredor abovedado construido con gruesas piedras, que se encuentran bajo el amplio camino que conduce a la puerta de la Alcántara, otra de las puertas de la ciudad. Unió dicha puerta con su cámara privada en la Mezquita. A ella acudía desde su Alcázar para participar en las ceremonias religiosas, pasando por ese « Sabat », sin ser visto por nadie, acompañado por su séquito y servidumbre. También asistía a los oficios ceremoniales en algunos días de la semana.

Otra de sus buenas cualidades era su respeto y veneración por los hombres instruidos. No sólo reconocía su mérito; les invitaba a su palacio y les consultaba sobre cuestiones jurídicas y sociales y, sobre todo, les pedía sus opiniones sobre los acontecimientos y sucesos de su reinado.

Dijo Mu°āwiya: Una vez me contó mi padre que cuando el Emir °Abd Allāh se paseaba con su séquito por la ciudad — paseo que hacía a menudo — al pasar por la calle Al-Mubtillah, que empieza por la derruida puerta de °Abd Al-Yabbar y llega hasta el lado extremo y accidentado, al Este de Córdoba, se detenía frente a la casa del virtuoso faquí, el Šaij Bāqi b. Mujallid; desde allí enviaba a uno de los principales de sus eunucos para presentar al faquí sus saludos e interesarse por el estado de su salud. Enterado Bāqi de la presencia del ilustre huésped, salía a recibirlo, y a menudo se lo veía de pie esperando su salida. Se acercaba Bāqi al Emir, quien le recibía con solicitud y pasaba largo rato en conversación muy cordial, para luego reanudar su camino. Muchas veces enviaba el Emir en busca de Bāqi para traerlo a su palacio, pues la conversación y el cúmulo de conocimientos que el faquí poseía agradaban y servían de guía al soberano que escuchaba respetuosamente sus

consejos y sus prédicas. Por su parte, el devoto saquí ensalzaba al Emir °Abd Allāh delante de todo el mundo, le defendía y pedía a los fieles en las grandes asambleas que orasen por el triunfo de su causa.

Otra vez me contó mi padre — prosigue el relator Mu°āwiya — que era costumbre del Emir °Abd Allah tomar parte en las ceremonias religiosas públicas, mas de noche venía solo al templo a orar. Durante el mes de Ramadán cantaba el ritual en compañía del clero (los imams) dentro del recinto sagrado. Leía todos los días una página del Corán, sin faltar jamás a este deber.

Dijo Mu°āwiya : Sabemos que el Emir °Abd Allāh compró durante su califato tan sólo una finca que era la de la Noria, a la orilla del río, en el bajo Córdoba. La había comprado durante el reinado de su padre, el Emir Muḥammad. La cultivó e hizo de ella un vergel hermoso, ampliamente delineado, pues su deseo era convertir la propiedad en un lugar ameno y delicioso. Con ese fin la ensanchó y la pobló de árboles y plantas. Pese a ello, hizo economía en los gastos. He tenido a la vista la escritura del dominio, que comprendía también todas las vegas de sus alrededores. La adquirió de Jalil Al-Baitar el año 253. Proclamó públicamente la compra y la toma de posesión de dicha finca. Mas la edificación que realizó en ella no tenía finalidad determinada, como todo lo que hacía. Pasó luego dicha propiedad a poder de su nieto, el califa °Abd Al-Raḥmān b. Muḥammad, que introdujo en ella mejoras considerables. Realizó así las esperanzas de su abuelo, que había adquirido la finca que le legó con su esfuerzo y valiéndose de su celo, su energía y su poder. Dijo también Mu°āwiya : Escogió el Emir °Abd Allāh durante su califato la vega bien cultivada y rodrigada del eunuco Nasr, servidor del emir °Abd Al-Raḥmān b. Al-Ḥakam, su-abuelo, la cual limitaba también con el río, al margen de los arrabales y cerca del viejo cementerio. Después de haberla poseído Nasr, pasó a su poder. Tuvo mucho amor a dicha finca, para cuyo embellecimiento y adelanto no escatimó esfuerzo. Mejoró la construcción, introdujo nuevos ornamentos en los edificios y aumentó el caudal de agua a las cisternas. Hizo todo ello con el máximo de economía y parvedad, cualidades que le acompañaron hasta su muerte. En las postrimerías de su vida dividió el tiempo de su recreo entre sus dos jardines predilectos. Los frecuentaba en sus horas de holganza, y paseaba por ellos hasta que pasó a mejor vida. Los poetas de su tiempo dedicaron a estos dos vergeles hermosas composiciones, que por su extensión no insertamos.

JOSÉ E. GURÁIEB.